

LA PALABRA DEL PADRE ARRUPE

Pedro Arrupe no fue un intelectual en el sentido convencional que privilegia sobre todo la formalización sofisticada del discurso. El fue ante todo un hombre de acción y un contemplativo en la acción, y por esto tuvo el don de discernir situaciones. En este sentido, bien sustantivo por cierto, fue un gran intelectual, un intelectual enjundioso. Habló y escribió para los más diversos auditorios y tuvo la virtud de hacerse cargo de la situación y encontrar un lenguaje, unas motivaciones, unos análisis y unas propuestas concretas. Por eso sus escritos no son fácilmente resumibles: llevan un hilo y componen un todo. No suelen ser largos: de cinco a treinta páginas y siempre sencillos, aunque nunca simples; sencillos por concretos, reales y aquilatados. A través del paso de los años conservan el secreto de su frescura inicial y pueden leerse hoy como una imitación exigente y respetuosa a un compromiso mayor, pero ante todo como la comunicación que se nos hace de algo que merece la pena y puede colmar la vida. Para incitación a nuestros lectores presentamos algunos extractos de dos alocuciones: la primera, a los superiores jesuitas de A.L. reunidos en Río (1973), la segunda, en la Catedral de Colonia (1980). Ambas se encuentran en una amplia selección de sus escritos que recomendamos. Se titula: La Iglesia de hoy y del futuro. Los títulos y subtítulos lo hemos puesto nosotros.

MISION INTEGRAL

Don de Dios y responsabilidad del hombre

La base de nuestra unidad en el apostolado: nuestra fe y esperanza en un mismo Cristo, que se encarnó, murió y resucitó por nosotros. De esta manera Cristo estableció un vínculo indisoluble entre el presente y el futuro, entre la salvación como don gratuito de Dios y al mismo tiempo como llamada a la libertad y responsabilidad del hombre, para que éste comience en la esperanza a realizar esta salvación ya en su existencia en el mundo. La promesa futura no se puede separar de su anticipación en el presente. Lo inmanente y lo trascendente coexisten indivisiblemente en la unidad del Hombre-Dios.

Amor a Dios y Solidaridad

Al pueblo de este Continente que palpita bajo el impulso de tan legítimas y nobles aspiraciones, que sufre a causa de tanta opresión e injusticia, que a veces se desalienta y desespera, les trae Cristo por nuestro medio un mensaje de esperanza, de salvación y de liberación. No se trata de un mensaje alienante que les aparte de la lucha por el pan de cada día y por más libertad y dignidad aquí y ahora, sino un mensaje que hace suyos los más profundos anhelos de este pueblo, que da un nuevo y más profundo valor de su lucha, la sostiene y fortalece para que no desfallezca ni se resigne, y la orienta hacia el futuro último en el que encontrará su plena realización, un porvenir garantizado por la promesa de Dios. Este es el mensaje propio nuestro: mensaje profundo, integral, realista, consolador y lleno de esperanza.

Mensaje de esperanza y de liberación que no sólo comienza a realizarse aquí y ahora, sino que abraza a todo el hombre, en la totalidad y unidad de su ser corpóreo-espiritual, a todos los hombres, al mundo y a la historia. Nos convertimos a Dios, creemos, esperamos y confiamos en El, lo amamos, no sólo con nuestro espíritu encarnado, sino también con nuestro cuerpo vivificado por este mismo espíritu. Pero la conversión al amor de Dios exige la conversión al amor del prójimo. No hay esperanza y liberación para nosotros si no la hacemos extensa a todos los demás hombres. Y no se puede amar al hombre sin hacer algo por él, sin trabajar por su liberación del pecado y de la muerte y para abrirle al futuro que ha de venir, sin solidarizarse con su situación presente y comprometerse efectivamente en su libera-

ción integral ya desde ahora.

Se dice con frecuencia que Jesucristo no vino a traernos una revolución social o política y que su mensaje, centrado en la relación del hombre con Dios, fue esencialmente religioso. Esto es verdad sólo si se interpreta correctamente. Pues no podemos olvidarnos que Jesucristo al unir indisolublemente en su persona y en su mensaje el amor de Dios y el amor del prójimo, el amor y la justicia, el presente y el futuro, lo humano y lo divino, puso las bases de la revolución más radical y más global que ha conocido la historia.

Inmanencia y trascendencia

Tenemos que defender al mismo tiempo la trascendencia y la inmanencia de nuestra misión. No se puede proclamar la una sin la otra. La dimensión trascendente de nuestro mensaje nos recuerda que la esperanza y la liberación cristianas son antes que nada un don gratuito de Dios: Dios mismo que se nos da en Cristo. No podemos liberarnos, ni liberar plenamente a los demás sin la ayuda de Dios: Después de todo, la libertad por la que nosotros luchamos no es otra que la libertad de los hijos de Dios.

El primer paso, pues, que tenemos que dar en todo proceso de liberación cristiana es precisamente liberarnos de la autosuficiencia que nos impide abrirnos a Dios, abandonarnos al misterio de su amor. Y como no hay amor de Dios, en respuesta a su amor, sin amor del prójimo, nos tenemos simultáneamente que liberar de nuestro egoísmo, del apego a lo que somos y tenemos, que nos cierra a los demás, nos impide amarlos desinteresadamente, apreciar en ellos la apertura todavía imperfecta, pero verdadera, hacia el futuro en Dios, y solidarizarnos efectivamente con ellos en sus anhelos de mayor libertad. Sin olvidar que sólo en el futuro escatológico se realizará en toda su plenitud nuestra liberación y salvación.

A la luz de estas verdades aparecen en toda su limitación, ambigüedades y relatividad, todos los esfuerzos humanos — llámense ideologías, sistemas políticos, movimientos o revoluciones — para liberar al hombre de todos los condicionamientos injustos que lo esclavizan. Poner en solos ellos nuestra esperanza de la liberación total e integral del hombre sería traicionar la misión que hemos recibido de Cristo: Si así hiciéramos no sólo mutilaríamos el Evangelio, sino que terminaríamos por esclavizar al mismo hombre en lugar de liberarlo.

No podemos por consiguiente identificarnos de tal manera

con sistemas o movimientos sociales o políticos concretos que perdamos nuestra función crítica de la sociedad y de la historia. Si es verdad que la sociedad y la historia cuestionan nuestra fe y nos obligan a un constante esfuerzo de purificación y de renovación, también es verdad que tenemos siempre que conservar intacta nuestra libertad de hijos de Dios, nuestra facultad de discernir en toda ideología, en todo sistema social o político, lo que es incompatible con nuestra fe y también lo que está en conformidad con ella o responde a algunas de sus exigencias fundamentales.

La transcendencia de nuestra misión no nos puede hacer olvidar su inmanencia. El reino de Dios, reino de amor, de justicia y de paz, debe instaurarse ya desde ahora. La esperanza y la liberación no son sólo don gratuito de Dios, sino también una invitación a un compromiso efectivo para transformar el mundo y ponerlo al servicio del hombre. En el contexto del mundo actual, marcado por el gran pecado de la injusticia, "de opresiones y abusos que sofocan la libertad e impiden a la mayor parte del género humano, participar en la edificación y en el disfrute de un mundo más igual y más fraterno" ("La justicia en el mundo", Sínodo de los Obispos, 1971), la transformación del mundo al servicio del hombre significa obra de liberación.

Nuestro compromiso por la liberación cristiana del hombre tiene que entenderse en toda su radicalidad, integridad y globalidad. La liberación que predicamos no es sólo liberación del pecado, de la autosuficiencia y del egoísmo, sino también de las consecuencias del pecado: liberación de todas aquellas actitudes y esquemas mentales que nos esclavizan y que han sido generados en nosotros por una formación poco crítica y a veces hasta alienante, por nuestros pecados o los pecados de los demás. Esta liberación también se extiende a todas aquellas estructuras, medidas y procedimientos injustos, en los campos económico, social y político, a nivel nacional e internacional, que excluyen de hecho a tantos hombres de un desarrollo humano, y aun privan de los medios para que adquieran este desarrollo por sí mismos: desarrollo que no se puede conseguir, sin embargo, sin disciplina, sin esfuerzo constante, sin espíritu de sacrificio y sin solidaridad.

Ortodoxia y ortopraxis

La preocupación por preservar la pureza de la doctrina que profesamos, la autenticidad de nuestra fe y esperanza, por muy legítima que sea no basta si no está acompañada de una preocupación semejante por defender su verdad y credibilidad mediante una acción comprometida y eficaz para la liberación del hombre en la totalidad de su ser, en sus relaciones con Dios, con el mundo y con los demás, y en todas las dimensiones de su existencia individual y comunitaria.

No podemos pretender mantener la credibilidad de nuestra misión con puros razonamientos abstractos o con la simple repetición de principios generales. Tenemos que dar vida y encarnar en obras los principios que profesamos. En el opúsculo que escribí sobre "El testimonio de justicia" ya insistí sobre la necesidad de hechos y del testimonio de nuestra propia vida más que de palabras. También indiqué diversas maneras de dar este testimonio. No es necesario repetir aquí lo que allí ya escribí. Aunque la mera eficacia nunca puede constituir para nosotros el supremo o único criterio de nuestro obrar, y nuestra acción no se puede concebir independientemente de nuestra fe, ésta no es verdadera y nuestro amor por los demás es una palabra vacía y sin ningún significado si no se concretiza en la praxis: "¿Qué le aprovecha... a uno decir: 'Yo tengo fe', si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dijere: 'Id en paz, que podáis calentaros y hartaros', pero no dieréis con

qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría? Así también la fe, si no tiene obras, es de suyo muerta" . (Epist. de Santiago 1, 14-17) .

REQUISITOS Y OBSTACULOS PARA LA ACCION EFICAZ

Experiencia y análisis

No sentimos la urgencia de pasar a la acción porque no experimentamos la gravedad y extensión de las injusticias de nuestra sociedad y la urgente necesidad de remediarlas. No basta oír, hablar o escribir sobre la injusticia y la opresión. De alguna manera tenemos que conocerla por nosotros mismos, vivirla y experimentarla.

Aunque es conveniente que esta conciencia vivencial de la realidad vaya siempre acompañada de un conocimiento adecuado de los complejos mecanismos que gobiernan nuestra vida económica, social y política, para evitar así que caigamos en el peligro de soluciones "inmediatísticas" y superficiales.

Conciencia de los condicionamientos y liberación de ellos

Las más de las veces no se trata de falta de buena voluntad, ni de falta de espíritu religioso, sino más bien de esquemas mentales, de prejuicios, afecciones y pasiones que condicionan nuestra percepción misma de la realidad y consecuentemente nuestras mismas opciones apostólicas. Son condicionamientos no individuales sino colectivos, de los que no somos a menudo conscientes, que hemos heredado del ambiente o clase social en la que hemos nacido, crecido y nos hemos educado. Por lo mismo son difíciles de percibir y de desarraigar. Son condicionamientos tan espontáneos y connaturales que hasta corremos el riesgo de considerarlos parte integrante o exigencias ineludibles de la fe que profesamos. Para liberarnos de ellos se requiere, además de la conversión interior al amor de Dios y del prójimo, una nueva forma de discernimiento y de conversión que generalmente no se nos da ni en los Ejercicios, ni en otros métodos tradicionales de purificación o formación espiritual que con frecuencia tienen una orientación marcadamente individual.

Este es un punto importantísimo en el que quisiera insistir, pues el obstáculo que nos impide obrar libre y evangélicamente es tanto más pernicioso cuanto menos consciente. Si no tomamos medidas eficaces para suprimirlo, podemos llegar, como en el marxismo, a reducir nuestra conciencia a criterios de clase, lo cual significaría la destrucción de la misma conciencia cristiana y de su función crítica.

Deberíamos con frecuencia examinar nuestro modo de proceder y preguntarnos: ¿A qué clase pertenezco? ¿No son mis reacciones, reacciones de clase y a veces de la clase dominante? Muchas de nuestras maneras de pensar y de obrar están condicionadas por nuestro origen familiar, por la cultura que nos ha moldeado, por nuestra educación y saber, por la posición y prestigio de que gozamos en la sociedad. Aun muchos jesuitas que se definen "de avanzada", sin quizá percatarse de ello, tienen un estilo de vida, una autosuficiencia intelectual, una resistencia a una mayor "socialización" es decir cesión total de su sueldo a la comunidad, de los fondos o reservas de sus casas y comunidades, una oposición a participar en la común condición de los demás, incluyendo sus hermanos en religión, reacciones y actitudes típicas que ponen de manifiesto los condicionamientos a los que están sujetos.

Si no tomamos conciencia de estos condicionamientos y pasiones colectivas y de los desórdenes que nacen de ellas y que nos limitan y esclavizan, no podremos hacer llegar al mundo

de hoy nuestro mensaje de esperanza y de liberación.

Otro obstáculo para una acción decidida y eficaz por la liberación integral del hombre lo constituyen las vinculaciones que nos atan a sistemas o instituciones existentes, a centros de poder económico o político de los que a veces dependemos para la existencia y mantenimiento de nuestras mismas obras, y que disminuyen nuestra movilidad y libertad apostólicas.

No debemos ser temerarios ni ingenuos, pero cuando se trata de cuestiones de justicia que afectan a los pobres y oprimidos, debemos tener la valentía cristiana de dar ejemplo, tomar la vanguardia y desvincularnos de la protección de los poderosos, conscientes de que nuestra acción nos exigirá probablemente sacrificios, personales y colectivos: nos podrá, por ejemplo, privar de fuentes de ingresos y obligarnos así a vivir en una simplicidad y en una pobreza a las que quizás nunca hubiéramos llegado de nuestra propia voluntad y por otros caminos.

Discernimiento para la desideologización y para la toma de decisiones

Necesitamos discernimiento no para refugiarnos en una cómoda inactividad o en la seguridad retórica de principios generales y abstractos o de "slogans" inoperantes, sino precisamente para hacer más efectivo nuestro mensaje y nuestro compromiso, para adquirir la libertad y audacia evangélicas que deberían caracterizar nuestra vida y nuestra acción pero siempre dentro de un sano realismo y del contexto de nuestra misión y vocación específicas, como religiosos y como jesuitas.

El discernimiento del que aquí hablo no es otra cosa que la reflexión en la oración sobre una realidad humana—que hemos procurado percibir lo más clara y objetivamente posible—a la luz de nuestra fe del Evangelio, con el fin de moldear nuestras vidas y guiar nuestras acciones para poder responder a aquella realidad tal y como nos lo dicte el Espíritu.

Nos tenemos que preguntar seriamente delante de Dios si nuestros ministerios y actividades, tanto las más "espirituales" como las más "sociales", si nuestras propias vidas reflejan de hecho todas las dimensiones liberadoras de nuestra misión, su transcendencia e inmanencia, y si en el caso contrario tomamos las medidas adecuadas para remediarlo. También nos tenemos que preguntar si por amor del pobre y del oprimido tenemos la audacia evangélica de romper si es necesario con el pasado, con "lo que siempre hemos hecho", de abandonar obras e instituciones menos aptas a las necesidades actuales y de lanzarnos en la esperanza por caminos nuevos; si, siguiendo el ejemplo de Cristo, optamos verdaderamente por los pobres y oprimidos y luchamos efectivamente, con todos los medios evangélicos a nuestro alcance, contra la opresión y explotación de las cuales son víctimas, pero sin suscitar nuevos odios ni amarguras, sino sólo la esperanza de liberación que en Cristo ya está presente en el mundo; si estamos no sólo dispuestos, sino inclinados cuando las circunstancias lo requieran, a convivir con los pobres, a participar de la condición de los oprimidos como Cristo lo hizo, si somos capaces de luchar contra todo lo que pueda haber de pecado, de injusto y opresivo, no por motivos ideológicos sino puramente evangélicos y apostólicos, y de hacerlo respetando las personas, sin destruir la autoridad, sin debilitar la unidad y comunión que nos une a todos en un mismo cuerpo, fieles y pastores; si estamos dispuestos a dar ejemplo de una mayor equidad y solidaridad y de pobreza evangélica en nuestra propia vida cotidiana, en nuestras casas y Provincias, excluyendo gastos innecesarios, poniendo verdaderamente en común lo que cada uno aporta, si estamos convencidos que fue ante todo por su pasión y por su muerte como Cristo nos liberó, y si este convencimiento encuentra su expresión en nuestra vida y actividad, en el valor que damos al sufrimiento, al trabajo callado y

silencioso de tantos jesuitas que mueren diariamente para liberar al hombre del pecado y de sus consecuencias y para abrirle en la esperanza a Dios y a los demás.

Si no estamos dispuestos a todo esto, no nos queda más que una disyuntiva: o nos disponemos a ello a través de una "metanoia" profunda o nos declaramos incapaces de ir hasta el fondo en la opción evangélica fundamental para todo jesuita que es amar sin reservas a Cristo pobre.

EL EJEMPLO DE CRISTO

Nuestra misión es la misma de Cristo: el anuncio de la Buena Nueva, el mensaje de esperanza y de liberación. Dios en Cristo nos redime nos perdona, nos libera del pecado y de la muerte. Ya no somos más esclavos, sino hijos de Dios. Pero tenemos que responder a éste gesto de amor con nuestro amor, tenemos que convertirnos al amor de Dios y al amor del prójimo.

Con la venida de Cristo esta Buena Nueva no es sólo una promesa sino realidad operante. Cristo no sólo la proclama, sino que la vive y la pone en práctica. Su mensaje es la expresión de su misma vida. Los pobres, los oprimidos, los hambrientos son bienaventurados, no en su misma pobreza, opresión o sufrimiento, ni sólo porque ponen en Dios su esperanza, sino sobre todo porque su liberación ya comienza a realizarse en la persona de Cristo. Este pasó por el mundo haciendo bien: perdonando, curando, dando de comer al hambriento, identificándose y solidarizándose con los pobres, con los oprimidos, con los que sufren, hoy diríamos con los "marginados". Son ellos sus hermanos preferidos. Si los olvidamos, si los abandonamos en su condición, si pasamos de largo ante su sufrimiento, porque no pertenecen a nuestra misma clase, raza, religión o nación, o sencillamente porque no los consideramos nuestros hermanos, nos excluimos automáticamente del reino de Dios.

Pero para percibir en todo su alcance la misión liberadora que Cristo nos ha dado y el significado liberador de nuestra misma vida religiosa, como compañeros de Jesús, tenemos que esforzarnos por comprender en toda su profundidad el camino que Cristo siguió para realizar su misión.

La vida de Cristo fue una lucha a muerte para destruir el pecado, raíz de toda opresión y de toda esclavitud. El pecado al rechazar al único Dios, fuente de toda liberación, erige inevitablemente en su lugar otros dioses: el poder, la riqueza, el sexo, el progreso, la "suficiencia" del hombre y del mundo para conseguir por sus propios medios su liberación. Estos falsos dioses terminan por alienar y esclavizar al hombre, por dividirlo y oponerlo no sólo a Dios, sino también a sus semejantes y al mundo.

Cristo por su encarnación, pasión y muerte, por sus grandes renunciaciones, nos reconcilia de nuevo con Dios y nos libera de todos estos ídolos y esclavitudes. Pero para hacerlo no bastan sólo palabras. Para que Dios sea de nuevo el único, para que el hombre vuelva a ser libre, para que el pobre no sea más explotado por el rico, el débil por el poderoso, la mujer por el hombre, fue necesario que un hombre renunciase a toda posesión, a todo poder y a todo matrimonio. Un hombre más que ningún otro capaz de obrar, trabajar y poseer, se desprende de toda propiedad a fin de que todos puedan participar de su riqueza, y así devuelve a la propiedad todo su sentido y función social. Un hombre, dotado como ningún otro para ejercer el poder y reinar, renuncia a todo poder terreno y devuelve así al poder su calidad de servicio. Un hombre plenamente viril renuncia a toda posesión de una mujer en la carne, para que toda relación carnal vuelva a ser en el amor una relación entre personas.

Este es el camino de liberación seguido por Cristo. Y los que

siguen a Cristo en estas grandes renunciaciones, perpetúan de una manera especial su obra de liberación, proclamando el Evangelio no sólo de palabra sino con el testimonio de sus propias vidas. Este es el sentido de la vida religiosa y de la vida sacerdotal vivida en toda su plenitud. La misión de liberación, la evangelización del mundo iniciada por Cristo no se podrá continuar si no hay hombres que le imiten en sus grandes renunciaciones. Las grandes renunciaciones del religioso son necesarias para que permanezca el testimonio vivencial y liberador de Jesús a través de los tiempos.

La Compañía ha recibido del Papa una misión especial para combatir el ateísmo. Es una misión eminentemente liberadora. Tenemos que destruir los falsos dioses que oprimen y esclavizan e impiden al hombre abrirse a Dios y a los demás hombres en la esperanza y en el amor. La muerte de estos falsos dioses significa el fin de la "muerte de Dios" y la resurrección de la verdadera liberación cristiana del hombre.

PARADIGMA DE INTERCAMBIO Y PARADIGMA DE RECIPROCIDAD DE DONES

Paradigma de reciprocidad

Cuando Cristo proclama el reino, y cuando proclama el servicio, es trascendentemente coherente con su condición de Verbo hecho hombre salido de la Trinidad. La Trinidad es el modelo supremo de intercomunidad y donación y la encarnación es una proyección 'ad extra' en que la segunda Persona no puede desmentirse a sí misma. Permitidme que condense algunas ideas que recientemente he expuesto con más profusión: Cada una de las personas divinas no es en sí ni se pertenece a sí misma sino en cuanto se refiere y se da toda entera a las otras dos simultáneamente. El ser de cada una de ellas es puro y completo 'éxtasis' (salir fuera, darse). El misterio trinitario es, en el fondo, un misterio de amor y comunión en el que ninguna persona reserva nada para sí excepto su propia relación para con las otras dos. Cada persona es tan grande recibiendo de las otras cuanto posee como dando a las otras cuanto tiene. En la coexistencia de estas dos perfecciones, de darlo y recibirlo todo, está su suprema grandeza. Análogamente, el hombre, por la plena donación amorosa de cuanto es y cuanto tiene, se acerca al Dios uno y trino a cuya imagen ha sido creado. En las mutuas relaciones no basta la comunión: es precisa la comunicación. Darse a otros es el mejor uso que puede hacerse de la capacidad de autodeterminación.

Antítesis del servicio

En esta perspectiva del misterio trinitario, y de su reflejo en la proclamación de la realeza y del servicio que Cristo ha hecho en su encarnación, todos los egoísmos humanos —la explotación, el conculcamiento de los derechos del hombre, la injusticia, la retención inmisericorde y la acumulación de los frutos de la creación— constituyen la antítesis del proyecto de Dios sobre el hombre. ¿Y no son acaso un pecado de ateísmo práctico, por ser la negación y destrucción de la imagen de Dios en nosotros, y de lo que nosotros somos para Dios? ¿No son la negación impía —en el sentido técnico del término— del concepto que Dios tiene de la persona humana concebida al modelo divino, y de las relaciones que deben existir entre nosotros, fundadas en las relaciones de infinito amor y donación entre las personas de la Santísima Trinidad?

Tecnología que ladea al hombre

La tecnología nos sorprende con realizaciones cada vez mayores y mejores, la producción de bienes aumenta, la comunicación se hace constantemente más rápida y perfecta. Todo ello nos llevaría a pensar que, en consecuencia, las necesidades se irían reduciendo, los problemas serían menos y menores. Y, sin embargo, no es así. Hay algo que falla: la solución que estamos dando no es la que se necesita. Hay que encararse de nuevo con el problema: hay que aprender.

Quizá la primera lección que tenemos que aprender es que no hay servicio ni solución eficaz y duradera si no tiene al hombre a quien se sirve como consideración prioritaria. La obsesión de soluciones tecnológicas y aun financieras que no tienen suficientemente en cuenta el impacto humano, están llamadas a agravar los problemas que pretenden resolver, o a sustituir un tipo de problemas —de orden material— por otro tipo de problemas: deshumanización, despersonalización, segregación, expropiación, tortura. Para servir bien hay que hacerlo inteligentemente, sensatamente. Un ejemplo que ilustra lo que quiero decir: los planes económicos realizados a costa de migraciones forzadas, los grandes proyectos ecológicamente devastadores, los socorros en bienes de consumo que incluyen productos superfluos, que más que resolver necesidades vienen a crear otras nuevas estimulando un mercado para el futuro, o productos para cuyo uso y consumo no están los socorridos culturalmente preparados, obligándoseles así a 'saltos culturales' que turban el ritmo natural de la evolución. Cada uno de estos enunciados podría recibir la ilustración de casos concretos que ya habrán acudido a vuestra mente. No puede haber solución verdaderamente humana que no tenga en cuenta el hombre.

De la unidireccionalidad a la reciprocidad

Pongamos un ejemplo: el servicio de ayudar a los países recientemente llegados a la independencia a encontrar su identidad cultural en términos cristianos. Si no nos anticipamos, aprendiendo 'in situ', descubriendo las raíces de sostén de esas culturas, vivificando su savia y dejándonos vivificar por ella —pero manteniéndonos independientes de todo poder político, colonizador y colonizado— llegará un momento en que la inculturación, si es que sigue siendo posible, se hará a golpe de audacias incontroladas y de represión.

Este aprendizaje, por otra parte, debe ser una actitud colectiva, un presupuesto interior extendido a toda la comunidad. No sólo porque la solución más eficaz de una situación conflictiva es la que brota de dentro, la que purifica los términos del problema, y no la que los sofoca desde fuera; sino porque la participación es —más que un derecho— una condición de aceptación, asimilación y durabilidad. Llegaría incluso a decir que la distinción entre socorredores y socorridos muchas veces —sobre todo en los problemas a escala mundial— carece de sentido. Nuestro mundo, 'global village' en que finalmente todos corremos la misma suerte, a largo plazo elimina como insignificante esa diferencia. Es obvio, por ejemplo, que ayudando a los países en vías de desarrollo los países desarrollados están por ello mismo favoreciendo una paz y unas condiciones que a largo plazo convienen a sus intereses. ¿Quién ayuda a quién? Además, ha pasado ya la hora de las tutelas. La encíclica "Redemptor Hominis" nos dice que el servicio requiere la misma inteligencia que el reino: sería de obtusos intentar hoy 'imponer' los resultados de nuestro aprendizaje, 'nuestras' soluciones, en una época en que la participación en la toma de decisiones es, con toda justicia, reivindicada por los individuos y las sociedades jóvenes, aun antes de llegar a la madurez del desarrollo, y precisamente para conseguir una madurez a tono con su idiosin-

crasia.

Hemos de tener suficiente capacidad de integración para aceptar esta condici3n del aprendizaje. Aprender supone comprensi3n y humildad. No deja de sorprender la insistencia con que en los pa3ses industrializados se habla de los deberes de los pa3ses j3venes soslayando la justicia de sus reivindicaciones. Del mismo modo que los pa3ses j3venes airean, sobre todo, sus derechos, y no tanto sus deberes. ¿Qu3 proceso mental subconsciente dicta esta conducta? Recordemos la expresiva frase de Jes3s que nos ha transmitido el autor de los Hechos de los Ap3stoles: "Hay m3s alegr3a en el dar que en el recibir" (Hc. 20, 35). Compartiendo nuestro aprendizaje, eliminemos la artificiosa superioridad maestro/discipulo que hiela las ra3ces de la fraternidad. El aprendizaje previo y compartido nos permitir3 tomar decisiones que no sean 3nicamente reacciones emocionales, ni siquiera la proyecci3n sobre futuro de nuestro presente, sino que nos ayudar3 a servirnos del presente en funci3n del futuro.

Compadecer

Este aprendizaje, previo y compartido, debe ser tambi3n eminentemente experimental. A problemas tan vitales no puede responderse con recetas cerebrales o de laboratorio. Si mis 27 a3os de misionero me han ense3ado alguna cosa, es 3sta: la necesidad de la experiencia personal, de vivir los problemas sufriendolos. ¿Qu3 pueden saber del hambre los que padecen exceso de calor3as? ¿Qu3 idea de las condiciones de vida material, social y espiritual del mundo de los parias podemos hacernos desde las butacas del primer mundo? Perdonadme que responda con alguna crudeza: ¡ninguna que valga la pena! Esa es la raz3n por la que insisto tanto, sobre todo al interno de la Compa3a, en la necesidad de la inserci3n personal, al menos parcial y temporal, en los medios m3s necesitados de nuestro servicio apost3lico. Hay que experimentar en carne propia qu3 es hambre, qu3 es impotencia frente a una estructura injusta; y hay que tener el contacto m3s inmediato posible con quienes carecen de cultura, o de fe. No se trata de provocar en nosotros respuestas emocionales, simplistas o violentas. Sino de impedir que nuestras respuestas sean conceptuales, inoperantes, desadaptadas e insuficientes (Cfr. Sant. 2, 15-16).

Estudios v3lidos pero ineficaces

El aprendizaje, por 3ltimo, y con los supuestos ya indicados, debe incluir tambi3n los estudios t3cnicos del problema. M3s all3 de la propia vivencia en una escena limitada, esos estudios nos dan las dimensiones globales, eval3an las posibilidades, permiten una m3s racional opci3n entre las posibles alternativas. Tambi3n aqu3 dar3 un ejemplo. El informe de 1979 del Presidente del Banco Mundial al Consejo de Directores ('Board of Governors'), que tuve la ocasi3n de comentar con su autor, nos da datos escalofriantes de las necesidades que estamos llamados a socorrer. Las palabras que siguen son de Mr. McNamara: "aunque se cumplan las previsiones—optimistas—de la tasa de crecimiento econ3mico en los pa3ses en desarrollo, unos 600 millones de individuos seguir3n en condiciones de 'absoluta pobreza' al final de este siglo. Absoluta pobreza—sigue McNamara—es una condici3n de vida tan caracterizada por desnutrici3n, ignorancia, enfermedad, mortalidad infantil y reducida esperanza de vida, que queda muy por debajo de toda razonable definici3n de lo que es decentemente humano". "Se prev3 que la poblaci3n de esos pa3ses pasar3 de 2.100 millones en 1975 a 3.500 millones el a3o 2000. Si no logramos desacelerar la vertiginosa expansi3n de la pobreza, a finales de siglo habr3 1.300 millones de seres humanos—de hermanos—en condicio-

nes de absoluta miseria f3sica". Aunque nuestras m3s optimistas esperanzas se realicen —y habr3 que ver si se realizan—, en 1985 habr3 no menos de 715 millones en condiciones que el informe del Banco Mundial denomina as3pticamente 'pobreza absoluta'. 715 millones de hombres y mujeres languideciendo en la m3s completa inanici3n, abandono sanitario, ignorancia casi total, engendrando hijos para la tumba y ellos mismos con corta esperanza de vida. ¿Si todo funciona seg3n las mejores previsiones! Y ¿estamos tan seguros de que todo funcionar3 seg3n las mejores previsiones? ¿O habr3mos de callarnos la interior sospecha de qu3 es dif3cil que eso ocurra y esos 715 millones en realidad ser3n el doble? ¿Han 'funcionado' los planes previstos en etapas anteriores? ¿No? Entonces, ¿en qu3 se basa nuestra esperanza de que esta vez s3 van a funcionar? Y los hombres de quienes dependen que los planes 'funcionen' ¿han 'funcionado' ellos a su vez? ¿Han conseguido la nueva mentalidad que para ello es necesaria? ¿Han abierto los ojos a la realidad vital, tal como s3lo la inserci3n y la experiencia permiten hacerlo? ¿O seguimos en nuestras butacas preocupados por el exceso de grasa, el colesterol o la amenaza de cirrosis o de infartos cuando hay millones de hombres desesperadamente necesitados de calor3as? Los 3ltimos datos del Club de Roma (mayo del 80), no alientan la esperanza: los pa3ses industrializados (el 25 % de la poblaci3n mundial), el 'Norte', concentraba en 1975 casi el 80 % del Producto Industrial Bruto. Cinco a3os despu3s, este a3o, controlan el 84,3 %. Para las otras tres cuartas partes del mundo queda el 15,7 % de los bienes producidos. (Aurelio Pacci. *El Tempo* 16.05.80).

"¿Qu3 podemos hacer para reducir este nivel de pobreza?", se pregunta el Informe del World-Bank. Y responde: "El World-Bank no tiene una respuesta plena y satisfactoria a esta pregunta, ni yo conozco a nadie que la tenga". Y, sin embargo, la respuesta est3 dada hace veinte siglos: "amaos los unos a los otros como yo os he amado, lo que hag3is por los pobres es como si me lo hubieseis hecho a m3, dad y se os dar3, no he venido a ser servido sino a servir". ¿Ser3 que el evangelio es una utop3a, o ser3 que el hombre se resiste a aceptarlo por aquello de que "es duro este lenguaje, qui3n podr3 escucharlo"? (Jn 6,60).

El coraz3n del problema

Cuando uno acaba de considerar estudios como el del World Bank al que acabo de referirme, magn3ficamente elaborado, donde se manejan sumas de exorbitantes magnitudes, y se urge a una r3pida acci3n, se queda, a pesar de todo con la aprehensi3n de que no se ha tocado el coraz3n del problema. Ni siquiera cuando se concluye la lectura de publicaciones—es el caso del Club de Roma—que en el marco de las soluciones introduce la llamada a una "revoluci3n 3tica y cultural y a la sustituci3n de la pol3tica de la competencia por la 3tica de la solidaridad".

Lo mismo puede decirse del Informe de la Comisi3n Brandt de m3s reciente fecha. Despu3s de dos a3os de consulta con muchos de los m3s eminentes responsables y especialistas en vari3s campos del desarrollo internacional, la Comisi3n, por boca de su Presidente, confiesa que los problemas del desarrollo mundial no son primariamente de naturaleza econ3mica y que son "demasiado importantes para dejarlos 3nicamente en manos de los gobiernos y los expertos" (p. 29). En su Introducci3n, cita la afirmaci3n de uno de los redactores: "Las nuevas generaciones del mundo necesitan algo m3s que soluciones econ3micas: necesitan ideas inspiradoras, esperanzas que les animen, y ver que se dan los primeros pasos para realizarlas. Necesitan creer en el hombre, en la dignidad humana, en los derechos humanos fundamentales; fe en los valores de la justicia, la libertad, la paz, el respeto mutuo, el amor y la generosidad, en

la primacía de la razón sobre la fuerza" (p. 12). Estupendas palabras, pero que —como tantas otras veces— desaparecen como por encanto de las 300 páginas que siguen, repletas de recomendaciones técnicas. El Informe centra en cambio su argumentación en "el principio de la reciprocidad de intereses", aunque admite que el propio interés no es por sí mismo una motivación suficiente para conseguir los cambios necesarios. Una vez más se apela a la solidaridad "que va más allá de los intereses mutuos" (p. 64).

He citado estos fragmentos para mostrar hasta qué punto los líderes y expertos mundiales, de cara a los problemas cada vez mayores del mundo actual, se ven forzados a recurrir, en términos cada vez más claros, a valores y conceptos que son preeminentemente humanos y, en el fondo, religiosos. En todas las soluciones y remedios que proponen, falta un elemento, trascendente y decisivo, sin el que los demás (contingentes y comprobadamente falibles), son soluciones basadas en un mundo y un hombre mutilado en una de sus dimensiones esenciales. Tales soluciones no son suficientes. En una palabra: falta la motivación de la fe y la caridad en el servicio del hombre al hombre que tiene por referencia a un Dios que es esencialmente amor. El servicio es la extensión del reino. Hay un logion (= dicho de Jesús) conservado en un papiro descubierto a principios de siglo, que expresa bellamente cuanto podría salvar a los hombres: "Quien conozca a Dios encontrará el reino, porque conociéndole a él os conoceréis a vosotros mismos y entenderéis que sois hijos del Padre y, a la vez, sabréis que sois ciudadanos del cielo. Vosotros sois la ciudad de Dios". Quien no ha descubierto el reino —y sólo se reina sirviendo— no ha conocido a Dios, sino un ídolo (Cfr. González Faus, Acceso a Jesús. Ed Sígueme. Salamanca, 1978 p. 57).

Por eso, restituir al mundo la imagen y la presencia de Dios a través de nuestro testimonio de servicio es, como decía hace unos momentos, un deber de la Iglesia en esta hora. Nuestros contemporáneos y nuestros sucesores han de convencerse a fuerza de ojos, que es falso lo que Nietzsche proclamaba por boca de su personaje El Loco: "Dios ha muerto" porque la fe en El se había hecho imposible. Podemos responderle con los versos del comediógrafo español: "Los muertos que vos matáis gozan de buena salud". Y nuestras obras son la demostración de esa existencia.

La impotencia del poder

Demos un paso adelante. Nuestra participación en el ministerio de Cristo tiene que hacerse siguiendo el modo de servir que tuvo Cristo. El se 'anonadó', vació de sí toda potencia y tomó la condición de siervo haciéndose tan semejante a los hombres que éstos le reconocieron como suyo (Fil. 2,7). Los verdaderos siervos tienen la mente y las manos limpias de todo poder. En su servicio hoy, la Iglesia no puede proceder de otra manera. Si muchos generosos servicios no han logrado los frutos esperados, y aun han despertado resentimientos y reacciones defensivas, es precisamente porque se han hecho tales servicios desde una posición —o con unas apariencias— de poder. El poder, o sus apariencias, destruye automáticamente la credibilidad del testimonio. Las jóvenes Iglesias, los nuevos pueblos, tienen esa prodigiosa capacidad de intuir —propia de la juventud— si quien les habla o sirve es sincero: donde hay prepotencia —aun inconfesada y con el profundo deseo de servir mejor— hay un implícito sentido de superioridad que es contradictorio con el servicio. Me decían en un país del Tercer Mundo, comentando la incansable actividad del agente de una agencia caritativa extranjera: "Si, Padre, nos ayuda. Pero en el fondo nos desprecia". Cuando se hiera la sensibilidad, el servicio, aunque logre sus objetivos materiales, ha perdido su significado de llamada al

Reino, de testimonio de un amor que ha de mantenerse hasta dar la vida. Las ayudas que las grandes potencias dan a países en desarrollo no consiguen los fines políticos secundarios que pretenden, precisamente porque tales dones llevan una inevitable connotación de poder que excita la sospecha de un egoísmo oculto.

El poder de la pobreza

Es imprescindible evitar hasta las apariencias de cualquier interés oculto o de estar sirviendo a dos señores. Hoy ya no es posible, ni deseable, una evangelización según el viejo modelo del Patronato Regio en que el evangelizador colabora, siquiera sea indirectamente, a la solidez política de la colonización al mismo tiempo que difundía el evangelio. La independencia del servidor del evangelio, respecto a todo interés político o partidista, tiene que quedar por encima de toda sospecha.

Un servicio prestado con las características descritas: inserción, humildad y desinterés, es nuestro mayor signo de pobreza. Y, paradójicamente, es también nuestra mayor riqueza, porque entonces es Dios quien obra en nosotros. Es, por eso mismo, el fundamento de nuestra esperanza y de la esperanza que estamos llamados a infundir en los pobres y desilusionados de este mundo.

Caridades y caridad

El mundo necesita un gran movimiento de caridad: es lo único que puede salvarle. Esta caridad que es servicio y condisión no puede limitarse a nuestros bienes materiales o tecnológicos. Como Cristo no creyó suficientemente otros sacrificios de expiación y se inmoló a sí mismo en un acto supremo de servicio para el Reino, no basta dar de lo que, tenemos si no nos damos a nosotros mismos. 'Non quaero tua, sed te: no busco tus cosas, sino a ti mismo.

— Hay cristianos que hacen compatible su participación en las estructuras injustas con un privado ejercicio de la caridad. Dan de lo que sobra. Esa caridad no basta.

— Hay cristianos de pureza legal que ante el hermano doliente 'pasan de largo' como el sacerdote y el levita que precedieron al samaritano. Esa neutralidad no basta.

— Hay cristianos que ante las estructuras injustas reaccionan con una violencia que es también injusta. La violencia es antievangélica.

— Hay cristianos que dan de lo que tienen (incluso sacrificándose para ello), pero no dan lo que son. ¿Basta esa caridad? Es buena y evangélica; pero no basta.

— Hay, por fin —y ésta es la meta necesaria a la que todos deben aspirar en la medida de la gracia que es comunicada a cada uno—, cristianos que de cuanto tienen y son hacen diakonía: un servicio global por la extensión del Reino en que diakonía de fe y diakonía de la fraternidad son aspectos intercambiables de una misma y fontal caridad.

Yo me pregunto si esta necesidad de prestar servicio personalmente, no sólo con los propios bienes dados generosamente, está suficientemente asimilada por los cristianos actuales. Me pregunto también si una prestación personal a la obra de la evangelización y la asistencia dada por las limitaciones que otras obligaciones imponen —participación habitual en organizaciones eclesiales, períodos determinados (3, 6, 12 meses)— en los países necesitados, no darían a la Iglesia del Primer Mundo la carga de vitalidad, la conciencia eclesial, de auténtico testimonio, a que llama Cristo, el Señor.